



De lejos y a mi alrededor

Cosas de médicos

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO, 1998.- Don Emilio Brun recibió allá por los años diez, de un cliente que tenía en Coalcomán, una extensa carta donde le platicaba que se encontraban padeciendo diversas y molestas enfermedades, y sabiendo de lo atinado que era el doctor Vidal Fernández y la imposibilidad de trasladarse a Colima, debido a sus dolencias y a sus 91 años, le mandaba todas las explicaciones en la susodicha carta, a fin de que con ella consultara al doctor y éste lo recetara y que por favor le remitiera las medicinas y la forma de tomarlas.

Don Emilio, tan luego recibió la carta, se encaminó al consultorio del galeno que vivía por Gabino Barreda, donde cerraba la calle con la capilla. Le mostró la carta, éste la leyó, estudió el caso y los síntomas, diciéndole: “Don Emilio, para todo esto hay un remedio, menos para la edad, así es que aquí está la carta y estos inocentes polvitos para que se los tome en cada comida”. Y así, con esos polvitos de azúcar, cumplió el señor de Coalcomán 96 años, siendo el más sorprendido el propio doctor Vidal Fernández, del milagro de los polvitos.

Corría el año de 1925, el doctor Israel, que por aquellos tiempos tenía su consultorio por la calle Hidalgo, recibió en su oficina una familia de personas ricas de un poblado cercano a la ciudad. Eran el señor, la señora y seis chicos, entre niños y niñas, tan luego se vinieron frente al médico, le dijeron: “Doctor, todos los que usted ve estamos maleando, unos tienen una cosa y otros nos quejamos de otras, así es que queremos nos recete, comprar medicina y largarnos pa'l rancho, y como somos muchos, queremos saber cuánto nos cobrará”. “Yo cobré un peso por consulta, si ustedes son ocho, serán solamente ocho pesos”; “No, doctor, como usted ve, seis son chiquillos, comen por mitad de los grandes, duermen de a dos en cada catre, por lo consiguiente usted debe recetarnos en menos tiempo, pues tienen menos dolencias

maron; de pronto, uno de ellos notó cierto movimiento en el pecho, así es que volvieron a chequear y fue entonces cuando notaron que el ojo que revisaban era de vidrio. Aquel hombre era tuerto, tenía uno bueno y el otro de cristal.

Estos cuatro casos son verídicos, como lo fueron aquellos, que en otros artículos platicué, sobre el pago de una operación de dos hernias por adelantado y la pintada de un cuarto en el pabellón de Gastón Melo, del Hospital Civil de la Ciudad de México, motivado porque mi papá estaba operado de la próstata y la convalecencia por aquellos tiempos era de muchos días, y no gustándole el color rosado, me recomendó llevara a un pintor, y sin preguntarle a nadie, el pintor hizo su faena y así de sencillo se convirtió en el cuarto amarillo el lugar del cuarto No. 15 del sanatorio. Y como siempre, para no enfadarlos, aquí le cortamos, deseándoles un feliz fin de semana.

** Empresario, historiador y narrador: +*

Uno de ellos le entregó a mi compadre, Daniel Solórzano, los cuatro pesos. Y fue entonces cuando él preguntó: “¿Y el enfermo?”; “No hay enfermo. Queríamos venir a la corrida, y como no encontramos coches de sitio, pensamos que usted podría traernos por el mismo precio”.

El hombre en el mar, René Magritte.



No me dejes nada

José Carlos C. Juárez

Llévate tu sonrisa que muerde mi espalda y me vuelve sombra frágil en la senda, no quiero cargarla como quien carga a la luna con su fe a cuestas.

No quiero nada que te evoque; ni las notas escritas con tu tacto indeleble, ni tu piel donde el cielo me trazó constelaciones,

No quiero nada que de lluvia me regaron los huesos.

No quiero sentir a los ayeres aferrados con sus garras a mi ombligo.

No quiero que me guardes tú -que me recuerdes- como aguja impregnada a medio pecho.

No quiero escuchar tu voz quebrada cuando te he visto gemir en las alturas en el éxtasis del sol bajo tu espalda.

No quiero más tu llanto cuando ya fui yo tu risa.

No quiero ser tan sólo brisa cuando juntos fuimos mar.

PLAZA CULTURAL DE DIARIO DE COLIMA

Ágora

Ese malvado vals

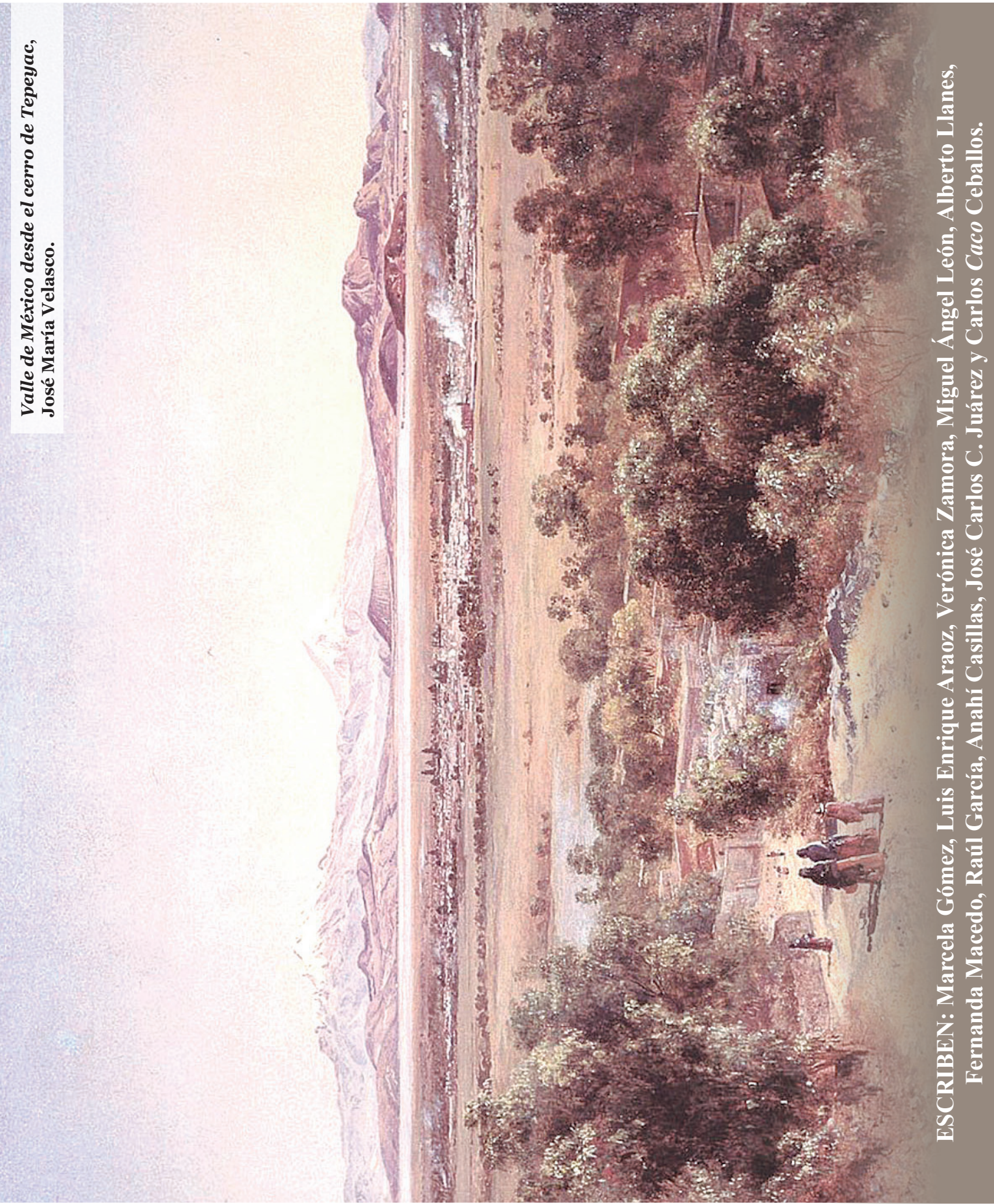
(8 de enero de 1956)

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2522

DOMINGO 2 DE DICIEMBRE DE 2018

Valle de México desde el cerro de Tepeyac, José María Velasco.



ESCRIBEN: Marcela Gómez, Luis Enrique Araoz, Verónica Zamora, Miguel Ángel León, Alberto Llanes, Fernanda Macedo, Raúl García, Anahí Casillas, José Carlos C. Juárez y Carlos Caco Ceballos.

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA

COORDINADORA: ÉRICKA MARGARITA TREJO

Imágenes: Fotos de Archivo. Correo: diariogora@hotmail.com

En estos tiempos

Luis Enrique Araoz

17.11.18

TODO lo que leo, llega en su momento a arrear contra mí sin piedad alguna. Con la fuerza de los mil nombres. Una larguísima lista de demonios que me persiguen, porque alguna vez decidí invitárlas a mi mente, por pensar que era una buena idea convivir con ellos. Y pese a que en el futuro (y también en el pasado) me contradiga, sé muy bien que leer y escribir no me trae nada bueno. Porque ahora que me desplazo entre la noche de una ciudad tan tranquila y a la vez amenazante, pienso que aburrirse con los demonios es en sí un acto muy fértil o, más bien, un acto que espera impudicamente a ser fecundado.

Aquí todos parecen conocer un lugar llamado La Puerta. Es un bar que he frecuentado desde que llegué a la ciudad. Continuamente me veo recreando sus espacios en mi mente. A veces me veo sentado en una mesa con personas que apenas conozco, y otras veces me veo solo en la barra, exhalando un aire que desde cada rincón se percibe patético. Es una postura forzada, me lo digo muchas veces. No es necesario mentir. Me desespera vivir sin tintes románticos. La razón siempre me traiciona, porque me hace pensar que sé algo sobre todo lo que desconozco.

Y pues, está claro que no es así. La confesión no necesita ir más allá.

Entonces, camino. Llego a La Puerta y me siento en la barra. Pido un platillo que ya no me pueden servir y me conformo con otro que es mucho más simple. Nachos con tomate, Chile y cebolla. La mesa junto a mí está llena de congéneres que gritan una canción de los Backstreet Boys. Es un hecho que esto no me disgusta, como pudiera parecer. Me da risa darme cuenta que soy, sin más, presa de los noventa. Y que no hay nada más que decir al respecto. Entonces pido la cerveza y tarareo la canción, como parte de un acto reflejo, mientras veo que un tipo pide la cuenta porque hay demasiado ruido. Soy parte de ese ruido que contamina al mundo, un ruido que seguramente crecerá hasta transformarse en otro ruido cuya tradición sonora pertenece, a su vez, al ruido que en todo momento ha habitado como hijo de mal vecino en los oídos de la gente.

Toda la semana viví inmisicuido, como parte de una investigación, en la capa apenas superficial de algunas estrellas musicales que vivieron atormentadas, pero que dicho tormento propició (según se cree) su genialidad. Kurt Cobain, Amy Winehouse, Jimi Hendrix, Janis Joplin. Ahora mismo pienso que lo que me dejó todo eso son ganas de destruirme un poco. Algo que quizás algunos entiendan. Luego pienso en Byung-Chul Han o mejor dicho en el libro suyo que leí en donde dice que la depresión sólo puede surgir en alguien que llegó a pensar, en algún momento –por más efímero que éste haya sido– que todo era posible. ¿Pensé yo algo así? Probablemente. Hay fragmentos de mi vida en donde me recuerdo como un pedacito de plastita feliz y danzante. Se me escapa una risa, aquí en la barra, solo, lo que me hace ver, pienso, como un tipo bipolar o trastornado. Una mujer se acerca y me pregunta si estoy bien. ¿Estás bien?, dice, no quiero insinuar nada, pero te

Pinos en el jardín del asilo,
Vincent van Gogh



Crónica, la enfermedad

Miguel Ángel León Govea

Dicen que empeoro con el paso del tiempo; esta afirmación carece de toda lógica.

Soy Crónica, mi virtud es mejorar, siempre mejor: perfeccionarme.

Soy el tránsito preciso entre la causa y la consecuencia.

Combatirme es prolongarme.

Soy un relato: épica o tragedia, estoy destinada a contarme para dar a luz la naturaleza humana.

Yo siempre termino y comienzo en otra parte. La cuna y el ataúd son sólo los paréntesis.

Hay quien me acusa de ser el poder de dios. ¿De cuál dios en el mundo? ¿En cuál de todos los tiempos?

Yo soy la mejor versión del tiempo. Soy Crónica, un cortometraje de la edad. Una arquitectura dispuesta a derrumbarse.

Soy la vida. Soy la vida necesaria y jamás comprendida.

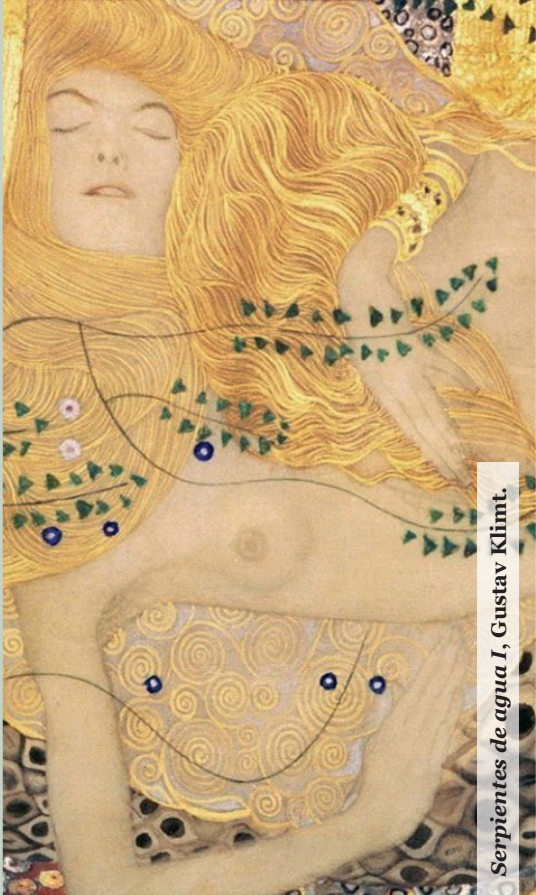
Crónica de un asalto

Fernanda Macedo

DESPUÉS de la primera puñalada, ella se desconecta. Siente cómo la corriente eléctrica le recorre el cuerpo, desde la nuca hasta los dedos del pie. Él, con una mano sobre su espalda, la sostiene. Con delicadeza deja que su espalda se arqueé, y esquivar sus movimientos, ganando al mismo tiempo que sus muslos tiemblan y se contraen cada dos segundos. Uno, dos; uno, dos.

Él no la deja morir aún, se divierte viéndola claudicar. Ella sabe que él tiene el control, que él decidirá hasta cuándo.

Apenas recobrado el aliento, se dispone a luchar; a hacerle frente, aunque sus ojos pidan piedad, aunque todo su cuerpo parezca estar rendido. Se reincorpora y decide echársele encima, hacerle honor a su sangre guerrera. Por un momento los ojos de él reflejan temor, ella golpea con fuerza, él cierra y las sábanas mojadas.



Serpientes de agua I, Gustav Klimt.

Sobre las aguas

Anahí Casillas Palomino

y encendería las estrellas por la noche
¿Quién calmaría las aguas en la tempestad

¿Quién resonaría en mis adentros cada mañana
llena de sol

¿Quién podría ser aquel que me sustenta cuando yace mi cuerpo contra el suelo y parece que nada me con-

testa
¿Estas ahí?

Yo sólo tengo el deseo de escucharte
anhelo más que nada dejar estos silencios

Tú, que me has dado todo, dime ahora
¿Por qué tenemos siempre tanto miedo?

Estoy aquí, frente al hielo de la vida
como derrotada, justo a la deriva
¿Estas ahí? Contesta



Río abajo

Erick Eney Gálvez Rivera

CUANDO llegó a sus brazos apenas era una pequeña bola de pelos erizados por los cuales varias pulgas caminaban sin rumbo fijo. Artemio entró al jacal a escondidas para que sus padres no vieran al cachorro. Esa noche durmió abrazado a él.

Rápido fue descubierta, pues a la mañana siguiente, su madre, antes de mandarlo a la leña, lo miró rascarse todo el cuerpo. Sin mediar palabra, levantó la camisa de Artemio y descubrió las ronchas rojas causadas por las pulgas. Le explicó a su madre lo del perro. Ella no dijo nada, simplemente volvió a mandarlo por leña.

Antes de mediodía, Artemio y el cachorro, a quien había llamado Yotle, ya estaban recibiendo su baño en el río para quitarse las pulgas. Artemio era hijo único, así que Yotle fue recibido con cariño en el hogar. Él dormía dentro del jacal, a los pies del catre de Artemio.

La noche del domingo escuchó sonidos de dolor viniendo del niño, percibió algo. Se levantó, brinco al catre y se acercó junto a él. Artemio sentía que el dolor quemaba por dentro, como si en su estómago ardieran brasas. Abrazó a su perro hasta quedarse dormido. Yotle pasó la noche con un sueño intranquilo.

En los días siguientes, Artemio, junto con sus padres, fue al médico que se encontraba en la ciudad, para atender su problema. Los doctores no determinaron las causas del malestar. La familia volvió sin un diagnóstico preciso. Remedios, brebajes, medicamentos, ungüentos, limpias, masajes, todo fue pasajero, pues los malestares volvían. Aún no existía el tratamiento ni los conocimientos adecuados para el cáncer que crecía dentro de Artemio.

El niño bebía agua en grandes cantidades, colocaba su panza sobre la tierra húmeda, sin embargo, el dolor persistía hasta hacerle llorar.

La energía de Artemio fue disminuyendo, pero no abandonó sus recorridos por el río junto con Yotle, amigo leal que permanecía cercano a él en cada momento, aún más desde la llegada de la enfermedad.

Estos dos amigos tenían un lugar secreto alejado del pueblo, era río abajo. La tortuga le llamaban ellos, por la enorme roca que parecía atravesar lentamente las corrientes. Artemio descubrió que metiéndose a las aguas el dolor que ardía en su estómago desaparecía. Entraba, se sentaba con la espalda recargada a la roca y dejaba que el río cumpliera su misión. Pronto se sentía mejor, cerraba sus ojos y escuchaba todo a su alrededor, hasta quedarse dormido. Yotle permanecía en la orilla, muchas veces se metía al agua para despertarlo, pues ya era hora de volver a casa.

Justo en este mes, Artemio dormía en su lugar secreto cuando los ladridos de Yotle lo despertaron. Entre la maleza observó en la orilla contraria un cachorro de puma bebiendo agua. Llamó a su perro y lo tranquilizó, los dos vieron marcharse al animal de una.

Algo andaba mal, el dolor seguía punzante, más agresivo que antes. Artemio salió del agua y se quedó mirando el paisaje, un colibrí batía sus alas frente a una flor, guardó esa imagen para sí, recordando las leyendas donde esas aves son portadores de buenos mensajes.

Abrazó fuertemente a su perro, le dijo que le amaba. Yotle lamó su rostro. Artemio volvió a meterse en las aguas cerca de la roca. Cerró sus ojos con la imagen del colibrí y de su perro. Yotle esperó con paciencia. El colibrí retornó a la misma flor cerca del niño y el perro. Paso el tiempo.

Desesperado, Yotle se metió por segunda vez en las aguas, lamó la cara y después ladro; Artemio ya no despertó, se quedó ahí sentado sin abrir sus ojos. Yotle permaneció cuidando el cuerpo de su amigo. Todo aconteció muchos pasos río abajo.

